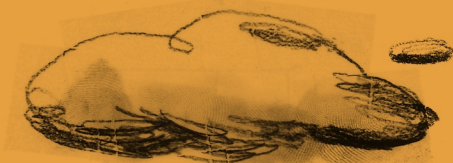


Daniel Nesquens

Ilustración de
Claudia Ranucci

marcos Mostaza
cinco



ANAYA



Daniel Nesquens

Ilustraciones de
Claudia Ranucci

Marcos Mostaza
Cinco

ANAYA

1



Cuatro días para acabar el curso

Cuatro, tres, dos, uno y cero: se acabó. Jovita nos dará las notas y nos iremos cada uno para nuestra casa, tan contentos. O tan tristes por dejar de vernos una larga temporada. Algunos (Lorien, Anuska, Eloy, Rodrigo...) alargarán los días de colegio apuntándose al campamento de verano en Alcalá de la Selva; otros (Sergio, Julia...) se marcharán al pueblo; y los más no nos moveremos de la ciudad hasta que llegue el mes de agosto.

En agosto la ciudad se quedará medio vacía, o medio llena. Todo el mundo va camino de la playa o de la montaña. El último día del mes de julio será como la cuenta atrás en el lanzamiento de un cohete. Diez, nueve, ocho, siete, seis, cinco —pega

un brinco—, cuatro... Cuatro días para acabar el curso. Cuatro días para que Jovita no dé más clases. Nuestro curso es el último que «pasa por sus manos». Se jubila después de más de treinta años dedicados a dar clases en diferentes colegios.

El jefe de estudios le avisó que el resto de compañeros del claustro le iba a preparar una cena de despedida. Se lo dijo a ella, que se quedó perpleja, y nos lo dijo a todos nosotros. Llamó a la puerta con los nudillos e interrumpió la clase para comunicarnos la noticia, como si de un charlatán de feria se tratase. No se pudo esperar a que llegase la hora del recreo, no. Le podía la impaciencia.

—¿Habrá *boys*? —preguntó Eloy Merlín muy acertadamente, después de que el jefe de estudios acabase su discurso.

—Claro que habrá *boys*: el director, don Máximo; don Genebrando, que por cierto, se jubila el curso que viene; yo mismo...

—No me refiero a maestros, me refiero a...

Y Jovita no le dejó terminar la frase a Eloy Merlín.

—Bueno, pues muchas gracias por la sorprendente noticia —dijo Jovita con cierto retintín—. No me quedará más remedio que pasar antes por la peluquería para que me corten las puntas. Ahora, si no le importa, proseguimos con la clase. Me gustaría acabar la última lección del curso.

Y el jefe de estudios se marchó. Pero no del todo, pues al momento, su cabeza asomaba otra vez por la puerta.

—Ah, se me ha olvidado decir que si vosotros, alumnos de Jovita, queréis hacerle un regalo de despedida... —aquí hizo un silencio—. Ya sabéis: sería la mejor manera de decirle adiós. Pero que no se entere la interesada. Ja, ja, ja.

Y desapareció definitivamente.

—¿Dónde estábamos? —preguntó Jovita, molesta por la aparición repentina del jefe de estudios.

Sergio Casanova, atento como siempre, levantó la mano.

—Nos habíamos quedado en que las fuentes de energía renovables son las que no se agotan aunque se utilicen —dijo de un tirón.

Pero, ni que decir tiene, que la clase, «gracias» a la intervención del jefe de estudios, se transformó en un jaleo de voces. Jovita se enfadó de verdad y nos pidió por favor



que pasásemos por alto las palabras del jefe de estudios. Afirmó que no necesitaba ningún obsequio y que nuestro mejor regalo sería acabar aquellos días que quedaban con la misma atención con que habíamos comenzado el curso nueve meses atrás, a mediados de septiembre. Así que no había más que hablar.

—¿Y si le regalamos un microondas que solo funcione con energía renovable? —dijo Anuska, desde la primera fila, que al parecer, distraída, no había escuchado nada de nada.

Mi vista se fue a Jovita y me fijé cómo se mordía el labio antes de contestar. Tal vez también se mordía las palabras.

—Mmmm —reflexionó nuestra maestra, dio dos pasos y se puso justo delante del pupitre de Anuska, tapándole la pizarra. Anuska solo veía a Jovita, que impasible, siguió con la lección:

—El Sol, el viento, el agua en movimiento, el calor de la Tierra, o energía geotérmica... son fuentes de energía renovables no contaminantes. Son inagotables. Durante millones de años el Sol ha estado enviando luz y calor a la Tierra y lo seguirá haciendo durante millones de años más...

—Eso no es verdad —me sopló Lorena al oído—. Dentro de cinco mil millones de años el Sol se quedará sin combustible y se convertirá en un gi-

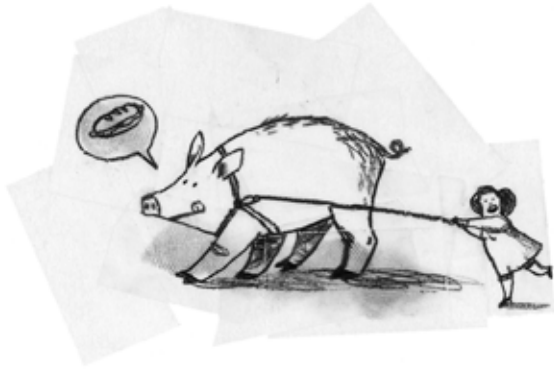
gante rojo. Dentro de cinco mil millones de años no habrá Sol y los hombres no podrán jugar al fútbol. Recuérdalo, Marc.

En ese momento giré mi cabeza. Lorena me guiñó un ojo. Sonreí.

—Alguien debería peinar los rayos del Sol todas las mañanas —añadió—. Y lo apunté en la página 166 de mi libro de Conocimiento del Medio.



2



Es un cerdo lampiño y pesa
más de 100 kilos

—¿Cómo sabes tú que son cinco mil millones de años y no cuatro mil novecientos noventa y ocho?
—le pregunté a Lorena bajando las escaleras, camino del recreo.

—Porque me lo ha dicho mi tía. A ella se lo ha dicho el paciente de la habitación 555. Un personaje muy raro. Según mi tía el paciente de la 555 se dedica a recortar noticias de los periódicos. Luego dobla los recortes y los mete en los bolsillos de las batas de las enfermeras. Mi tía no se lo creía cuando se lo contaron. Así que se dirigió a su habitación a tomarle la temperatura. Cuando salió llevaba esto metido en el bolsillo —y me mostró el recorte—. Y lo mejor: mi tía no se enteró de cómo el paciente de la

555 había introducido el papel en el bolsillo de su bata.

—A lo mejor se trata de una cuestión de magia —le dije.

—Quieres decir que igual se trata de un mago.

—Tal vez.

—Toma, lee. Te va a gustar la noticia —Lorena me ofreció el papel. Lo desdoblé, leí en voz alta:

—Agencias...

—No, hombre no. Eso no hace falta. A partir de aquí.

—Una mujer del estado de Nueva Gales del Sur, Australia, pidió auxilio después de verse convertido en rehén de un cerdo mascota. La mujer, Caroline Hayes, de sesenta y tres años de edad, dijo que el cerdo era muy muy agresivo. «A las cuatro de la mañana Bruce —así se llama el cerdo— comenzó a golpear mi puerta, dándole cabezazos. Buscaba algo de comer», explicó la señora Hayes al canal de televisión ABC. La señora añadió que cuando ella trataba de abrir la puerta, el animal la empujaba acorralándola contra la pared. Tres guardabosques de un municipio cercano, acudieron a ayudarla pero la jaula que traían era muy pequeña. Uno de ellos afirmó que, «debido al tamaño del cerdo, es difícil controlarlo cuando tiene hambre. Bruce es un cerdo lampiño y pesa más de cien kilos. No creo que se le deba

tratar como a una mascota porque, potencialmente, puede ser peligroso». Los guardabosques afirmaron que, no sin esfuerzos, consiguieron atar a la mascota y llevarla a la comisaría —leí de un tirón.

—¿Qué te parece? —me preguntó Lorena.

—Muy curioso. Tanto el paciente de la 555 como la noticia.

—¿A que sí?

—¿Qué es ese papel, chicos? —nos preguntó Hanif que ese día llevaba para almorzar sorprendentemente un simple sándwich.

—Toma. Lee.

Y le ofrecí el recorte con la noticia. Él me pasó el sándwich al que le faltaban dos mordiscos.

—Agencias. Una mujer del estado de Nueva Gales del Sur, Australia, pidió auxilio...

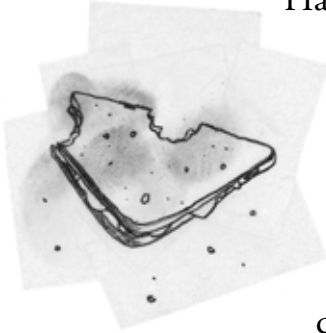
Y Hanif leyó de nuevo la noticia. Terminó justo cuando yo le daba el último bocado a su almuerzo de aquel lunes de final de curso.



—¡Pero qué barbaridad!

—Es lo que le decía a Lorena. Esta noticia es...

—¡Pero qué noticia ni qué leches! ¡Te has comido mi sándwich de atún a la americana! —chilló Hanif. Y soltó un taco.



—¡Ostras! Lo siento. Ha sido sin querer. Me lo he comido en un abrir y cerrar de ojos. Estaba tan rico que no he podido dejar de darle un bo... Llevaba algo de *ketchup* ¿a que sí?

Los ojos de Hanif estaban fuera de órbita. Rabioso. Solo le faltaba apuntarme con una pistola.

—Y mayonesa...

Los puños apretados. El recorte aplastado entre sus dedos. Mi amigo Hanif a punto de perder los estribos.

—Y atún, claro —dije, y pensé en poner los pies en polvorosa.

—¡Y ahora que almuerzo yo! —rugió mi amigo.

Nunca lo había visto así. Hanif se frotó los ojos como si le hubiera entrado humo.

—Chicos, chicos tranquilidad —intervino Lorena—. No te enfades, Hanif. Es que haces unos bocadillos tan maravillosos... Toma, te doy mi almuerzo. Yo no tengo hambre. He desayunado un buen tazón de cereales con leche y creo que me he pasado con los cereales.

Hanif miró aquellas galletas que le ofrecía Lorena como si fuesen las últimas galletas que quedasen en el planeta Tierra.

—Son caseras. Las hace mi tía. La receta se la dio una señora de Garrapinillos que ingresó en el hospital con un síndrome de esos raros que vuelve locos a los médicos. El síndrome de...

—El síndrome Haniz, acabado en zeta —dije haciéndome el gracioso, sin darme cuenta de que mi amigo Hanif (acabado en «f») todavía tenía los puños apretados.



Menos mal que Lorena llevaba un cargamento de galletas. Eran pequeñas, redondas, con los bordes aplastados, con un pegote de chocolate blanco en su parte central. Estaban realmente deliciosas.

—Son las mejores galletas que he probado nunca —dijo Hanif gratamente satisfecho.

—Sí, son estupendas. Lástima que sean tan pequeñas. Toda una tentación —reconoció Lorena.

—Seguro que son dietéticas —dije.

—¿Y eso qué es?

—Pues que tienen vitaminas, minerales y esas cosas.

—¡Aaaah! —dijo Hanif, olvidado por completo de mi agresión a su sándwich.

